

Oda a la libertad: Alguien voló sobre el nido del cuco

Por Jorge Valle

«¡No estáis más locos que esa infinidad de individuos que van por las calles, podéis estar seguros!», exclama Randle McMurphy (**Jack Nicholson**) en una de las terapias que la fría y severa enfermera Mildred Ratched (**Louise Fletcher**) programa a diario en un hospital psiquiátrico californiano. McMurphy es un espíritu libre y alocado que, para esquivar su encarcelamiento, ha fingido un desequilibrio mental. Y una vez internado, descubre la auténtica represión que sufren los pacientes quienes, tratados más como objetos que como personas, no son conscientes de su enjaulamiento. Pero pronto irán descubriendo, gracias a la vitalidad que desprende su nuevo compañero, el significado de la palabra “libertad”, que la férrea disciplina que impone la enfermera Ratched les ha hecho olvidar. El psiquiátrico es una negación de la chispa de la vida y la espontaneidad, pues todo está perfectamente cuadrículado en una monótona y aburrida rutina de la que es imposible escapar. Obligados por la fuerza a tomar su medicina y a seguir todos los preceptos marcados por la institución, la lobotomía o las descargas eléctricas son algunos de los horribles castigos que pueden recibir por su desobediencia. No hay espacio para el diálogo y la comprensión, por mucho que las terapias quieran parecer algo similar. McMurphy, que desea hacer lo que le plazca y no se deja controlar por nadie, se opondrá a esta tiranía y provocará toda una rebelión con el apoyo de sus compañeros, con quienes entablará progresivamente una fructífera y sincera amistad, en especial con el “Jefe” Bromden (**Will Sampson**), un indio sordomudo que parece haber desconectado de este mundo cruel y opresivo.

El director **Milos Forman**, que retrató la envidia de manera inmejorable en la magnífica y también oscarizada **Amadeus**, critica los métodos llevados a cabo por los centros y hospitales psiquiátricos de la época e indaga, con sutileza y maestría, en el sentimiento de la amistad y en la capacidad que tenemos las personas para cambiar la vida y las ideas de los demás. La mayoría de los pacientes están en el hospital por su propia voluntad, pues llevan tanto tiempo encerrados que temen enfrentarse al mundo real, conscientes de que se exponen a la marginación y la exclusión por parte de una sociedad que califica de “loco” todo aquello que se salga de lo establecido. Sólo la presencia de McMurphy les hará comprender que es precisamente la locura la que da sentido a la vida. El director checo consigue arrancarnos continuas y sinceras carcajadas gracias a un amplio elenco de secundarios que protagonizan disparatadas y desternillantes situaciones. Destaca, por su carisma y su triste historia, el tartamudo Billy (**Brad Dourif**), que irá poco a poco curando su timidez y retraimiento e incluso descubrirá el amor en una prostituta amiga de McMurphy.